

La pandemia: Una oportunidad para la educación

Marleny Aguirre Chica

Profesora

marleny.aguirre@unilibre.edu.co

Si hoy nos preguntaran por el hecho histórico que marcó un hito mundial, sin lugar a dudas, al unísono recibiríamos como respuesta la referencia a la pandemia generada por el COVID 19. No podemos negar que este momento cambió el mundo y que quienes vivimos el acontecimiento nos vimos enfrentados, de un momento a otro, a modificar nuestras costumbres, nuestro entorno, nuestras relaciones, nuestras rutinas, en fin, nuestra vida.

Todas las esferas sociales se afectaron: la familiar, la relación de pareja, la financiera, la laboral, la salud física, la emocional, la educativa, etc. En todas tuvimos que reinventar nuestras realidades para responder a las condiciones sociales que nos imponía la pandemia, de ahí que valdría la pena en este momento dejar registros de tales cambios o ajustes pues, con seguridad, estos serán una fuente de información valiosa para el desarrollo de procesos investigativos en todas las ciencias y disciplinas científicas que se vienen consolidando hace tantos años.



Foto:Freepik.es

Tal vez uno de los ámbitos más afectados fue la educación; en muchos casos, en cuestión de semanas o días, profesores y estudiantes nos vimos obligados a acomodar nuestro entorno para poder continuar desarrollando nuestro papel en nuevas circunstancias que implicaron acomodar un espacio físico en casa, dotarlo con herramientas que facilitaran nuestro ejercicio y minimizar la interferencia de factores como el ruido de la olla express, la licuadora, el regaño, el grito, el llanto, la risa, el timbre, el teléfono, el perro, el vecino, el gato, etc., es decir, una lista interminable que ustedes lectores podrán alimentar.

Más aún, comenzamos a buscar fondos de pantalla que nos permitieran desempeñar nuestro rol desde el cuarto, la cocina, la sala, el comedor, el estudio, el patio o cualquier espacio que nos permitiera tener al menos una silla y un aparato electrónico que funcionaba como herramienta de conexión.

¡Qué cambio tan abrupto para el profesor y el estudiante!; el salón de clase se reconstruyó a partir de las nuevas relaciones, de tal manera que entraron nuevas maneras para tratar de garantizar un buen ambiente de aprendizaje; encienda la cámara, silencie el micrófono, levante la mano, ¿me escuchan?, ¿me ven?, comparta el contenido, active el sonido del video, amplíe la presentación, etc., se convirtieron en las frases cotidianas más comunes en cualquier entorno educativo, en todos los niveles educativos, el inicial, el primario, el secundario y el superior.

Inclusive, además del profesor y los estudiantes, en muchos casos integrantes de la familia entraron al salón de clase, participando en la interacción directamente, tal y como pudo evidenciarse sobre todo en la educación inicial y primaria; y aunque se esperaba que en la educación secundaria y superior tal participación no fuera necesaria, muchos nos sorprendimos al escuchar que alguien participaba, aunque no aparecía en el listado de estudiantes.

Claro que también es importante precisar que como profesores nos sorprendimos cuando nuestros estudiantes intervenían para decirnos y demostrarnos que había otras formas de presentar el tema, otras posiciones diferentes sobre el tema o que las maneras e instrumentos que habíamos elegido para el desarrollo de nuestras clases no funcionaban. Como profesora de educación superior podría señalar que fue más lo que aprendí que lo que enseñé; en más de una oportunidad alguno de mis estudiantes salvó la clase, en momentos en que estaba a punto de desfallecer y rendirme ante la nueva realidad que me obligaba a reinventarme como profesora, siempre en mi afán de garantizar que mis estudiantes lograrán desarrollar su aprendizaje.

Si bien todo lo anterior modificó la esfera educativa, tal vez el reto más grande que enfrentamos todos tuvo que ver con una reconceptualización de lo que llamamos aprendizaje, de tal manera que en la pandemia más que en cualquier otro momento, la propuesta de Nisbet y Shucksmith (1987) de concebir que “el aprendizaje más importante es aprender a aprender. El conocimiento más importante es el conocimiento de uno mismo.

Comprender las estrategias de aprendizaje y avanzar en el conocimiento de uno mismo, siendo cada vez más consciente de los procesos que uno utiliza para aprender, ayuda a controlar esos procesos y da la oportunidad de asumir la responsabilidad del propio aprendizaje” adquiere una importancia relevante en el escenario educativo. Así que los procesos de investigación en educación en el sentido más amplio, se han venido centrando en el tema del aprendizaje, gracias a lo vivido.

Obvio, las teorías y los modelos pedagógicos que venían abriéndose paso antes de pandemia, se quedaron sin escenarios que soportaran y fundamentaran sus postulados. Se reconceptualizó todo, el salón de clase dejó de ser el espacio físico compartido por un profesor y un grupo de estudiantes, con algunas ayudas básicas

que comienzan por el tablero, para involucrar otros agentes, otros medios, otros contenidos y generar unas nuevas relaciones entre el contenido, el profesor y el estudiante, siempre tomando como eje central el aprendizaje. Hoy por hoy, el escenario educativo genera un abanico muy amplio de posibilidades de estudio, lo que nos debe llevar a ampliar y profundizar el proceso investigativo.

La educación, el ámbito humano más teórico y más quedado en el desarrollo social, tuvo que reinventarse a partir de la pandemia. A quienes por tantos años hemos estado dedicados a la educación, en más de una oportunidad nos han mostrado y demostrado que, aunque las sociedades evolucionan, los modelos educativos permanecen en el tiempo y se anquilosan.

Antes de pandemia, bastaba una comparación del prototipo de salón de clase de hace 100 años y del siglo XX para darnos cuenta que no se habían generado grandes cambios. Y aunque hoy, un año después de pandemia, retomamos la vida que llevábamos, valdría la pena pensarnos, preguntarnos si nuestros salones cambiaron, si tenemos una nueva concepción del aprendizaje, del papel del docente, del rol del estudiante, de los contenidos o temáticas tratadas en clase, de las herramientas, en fin, de las didácticas, de los marcos pedagógicos y de los modelos educativos que guían y dan cuenta de la interacción que se genera entre el profesor y los estudiantes.

Aunque parezca duro decirlo y aún más difícil aceptarlo, muchas veces he tenido la sensación de que la pandemia nos cambió momentáneamente nuestra realidad educativa inmediata y una vez volvimos del aislamiento, profesores y estudiantes retomamos nuestros salones de clase y nuestros roles tal y como veníamos desempeñándolos antes de que la historia y la vida nos diera una oportunidad de oro para revisar, repensar y replantear nuestros procesos educativos y nuestras políticas educativas. ■